

Todos los niños se reunieron
bajo el árbol que sombreaba la acera
y que ahora tenía algo distinto a los días anteriores.
¿Qué era eso distinto?
Había un gato en la rama más alta.





¿Un gato?
Sí, un gato.

Un gato como todos los demás,
con su cola fastidiosa
que no para de moverse,
sus bigotes largos como hilo de cometa
y esa expresión de somnolencia
que tienen todos los gatos
de aquí hasta la China.









Pero este gato tenía una cosa especial, una cosa que había atraído a los niños de la cuadra haciéndoles abandonar sus juegos, una cosa que lo hacía diferente a los demás gatos del mundo: y esa cosa era que estaba en la rama más alta del árbol que sombreaba la acera.



Los adultos que pasaban, al ver al grupo de niños reunidos, imaginaron que un evento de mucha monta sucedía allí —no se hagan, también los adultos son curiosos—, así que se fueron acercando, sonrientes primero, luego arrugando la frente —pues el sol les pegaba en la cara— y se quedaron pasmados revisando lo que había arriba.